

LA PASIÓN DE RAMÓN IGLESIA PARGA (1905-1948)

POR

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC

Para conmemorar el centenario del nacimiento del historiador gallego Ramón Iglesia Parga, 1905-1948, este trabajo aborda los principales episodios de su vida y las líneas de trabajo que lo convirtieron en una de las figuras puntales de la historiografía colonial americanista. Su quehacer se desarrolló en el Centro de Estudios Históricos de la Junta de Ampliación de Estudios y tras la Guerra Civil Española, en el exilio, en el Colegio de México y en distintas universidades norteamericanas.

PALABRAS CLAVES: *Historiografía, Ramón Iglesia Parga, Bernal Díaz del Castillo, exilio republicano español.*

Hace 45 años, el recién fundado Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» editó el primer volumen de la crónica de Bernal Díaz del Castillo: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* (Madrid, 1945, 321 páginas). Era la primera edición crítica enriquecida con el feliz hallazgo de un desconocido manuscrito en poder de un bibliófilo murciano, José Alegría. Pero en el ejemplar se olvidaron de mencionar el nombre del autor de la edición, que había pasado varios años cotejando las ediciones impresas y manuscritas. Se trataba de un funcionario de la Biblioteca Nacional y colaborador de la sección de Hispanoamérica del Centro de Estudios Históricos llamado Ramón Iglesia Parga. Su participación como capitán del bando republicano durante la Guerra Civil (1936-1939) explica la omisión y el desprecio por el trabajo intelectual. Años después se reparó el entuerto en otra edición preparada por Carmelo Sáenz de Santa María, S. I. (Madrid, CSIC, 1967, 2 vols.), pero la obra de Iglesia quedó semienterrada por los nuevos colaboradores y el trabajo del jesuita. En este año, tan lleno de bendiciones al Quijote, y aprovechando el centenario del nacimiento de Iglesia Parga, me gustaría invitar a mis colegas a descubrir o releer —que ambas cosas serán bien venidas— la obra de este interesante historiador: un auténtico Quijote del Americanismo.

NACIMIENTO Y FORMACIÓN DE UN BIBLIOTECARIO

Ramón Iglesia Parga nació el 3 de julio de 1905 en Santiago de Compostela¹. Los estudios de primera y segunda enseñanza los realizó en La Coruña, y a la edad de quince años ingresó en la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, donde se licenció en 1926. Un año antes inició su relación con el Centro de Estudios Históricos, colaborando con Américo Castro y Dámaso Alonso, profesores de la sección de Filología Española, la más numerosa y prestigiosa del centro. Con el autor de *Hijos de la ira* trabajó en la edición del *Enquiridion o Manual del Caballero Cristiano* de Erasmo de Rotterdam². Su primera investigación americanista es contemporánea de esta colaboración. Iglesia fue alumno de Antonio Ballesteros Beretta, catedrático de Historia de América de la Universidad Central de Madrid, quien le envió al Archivo General de Indias de Sevilla, a realizar, bajo su dirección, una investigación sobre «Don Juan Miralles y la intervención de España en la independencia de Estados Unidos» en 1925. Ese mismo año fue invitado a desempeñar una de las cátedras de los Cursos de Verano para Extranjeros que organizaba el Centro de Estudios Históricos. Como otros compañeros de su generación, Ramón Iglesia decidió completar su formación en el extranjero. Entre 1928 y 1930 fue lector de español en Gotemburgo (Suecia), enseñó lengua y literatura españolas en la Escuela Superior y en la Escuela Superior de Comercio de la citada ciudad e impartió conferencias en Oslo, Estocolmo, Upsala, Copenhague y Berlín.

De regreso a España, Ramón Iglesia ingresó por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en 1931, siendo destinado a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde se encargó de la sección de adquisición de libros extranjeros hasta 1936, y reanudó su colaboración con el Centro de Estudios Históricos, esta vez en la nueva sección Hispanoamericana, impulsada y

¹ Para reconstruir la vida de Ramón Iglesia son interesantes la necrológica de José MIRANDA, «Ramón Iglesia Parga (1905-1948)», *Revista de Historia de América*, nº 25, junio de 1948, pp. 138-143; el prólogo de Juan Antonio Ortega y Medina al libro de Ramón IGLESIA, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (SepSetentas, nº 16); y la introducción de Álvaro Matute a la reimpresión, aumentada y reordenada, de Ramón IGLESIA, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE, 1986, pp. 7-15. Buena parte de los datos que aportan estos historiadores proceden de un currículum vitae elaborado por el propio Iglesia a solicitud de la dirección del Colegio de México, que ha editado Martí SOLER VINYES en *La Casa del Éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947)*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 107-111. Estos datos hay que tomarlos con alguna precaución, ya que el historiador gallego tiende a «inflar» el mismo. Así, cuando declara que en el Centro de Estudios Históricos «se le encargó de dirigir la Sección Hispanoamericana y la secretaría de la revista *Tierra Firme*, órgano de dicha sección» dice verdades a medias. El director de la sección fue Américo Castro y en la revista tuvo los cargos de redactor (nº 1, 1936) y redactor jefe (nº 2, 1936).

² Erasmo de ROTTERDAM, *Enquiridion o Manual del Caballero Cristiano*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1932. Edición de Dámaso ALONSO y prólogo de Marcel BATAILLÓN (*Revista de Filología Española*, Anejo XVI).

dirigida por Américo Castro desde 1933³. Su entrada se debió —entre otras cosas— a la fama de un artículo publicado en la *Revista de Occidente* (febrero de 1930), donde analizó la personalidad del descubridor del Nuevo Mundo⁴. En la revista de la sección *Tierra Firme* (1935-1936) publicó ocho reseñas⁵ y un novedoso trabajo titulado: «Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la Historiografía española»⁶. Este artículo sería un adelanto de su proyecto principal: la edición crítica de la obra del conquistador Díaz del Castillo: *Verdadera Historia de la conquista de Nueva España*, edición en la que trabajó con su esposa: Raquel Lesteiro. En Medinaceli 4 compartió seminario con Angel Rosenblat, Antonio Rodríguez Moñino, Silvio Zavala, Rodolfo Barón Castro y Manuel Ballesteros Gaibrois⁷. Para complementar su sueldo, se encargó de varios seminarios en los cursos para extranjeros del Centro de Estudios Históricos entre 1932 y 1936.

³ Sobre Castro, véase mi trabajo Salvador BERNABÉU ALBERT, «Un señor que llegó del Brasil». Américo Castro y la realidad histórica de América», *Revista de Indias*, LXII, n° 226, 2002, pp. 651-673. Y el capítulo VII («Américo Castro. Autobiografía de un liberal») del libro de Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 259-292.

⁴ El artículo, titulado «El hombre Colón», fue reeditado en México en 1944 y dio título al libro de Ramón IGLESIA, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 15-49. Sobre la interesante, aunque efímera, revista del departamento, véase Leoncio LÓPEZ-OCÓN, «La ruptura de una tradición en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*», *Arbor*, n° 631-632, 1998, pp. 387-411.

⁵ Estas reseñas demuestran la gran curiosidad de Iglesia: sobre Rómulo D. Carbia, *La crónica oficial de las Indias Occidentales. Estudios histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano-América en los siglos XVI a XVIII. Con una introducción sobre la crónica oficial de Castilla*, La Plata, 1934. Biblioteca Humanidades, vol. XIV, *Tierra Firme*, n° 2, 1935, pp. 207-209; sobre José María Ots, *Instituciones sociales de la América española en el periodo colonial*, La Plata, 1934. Biblioteca Humanidades, vol. XV, *Tierra Firme*, n° 2, 1935, pp. 212-213; sobre César Silió, *Don Alvaro de Luna y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935, *Tierra Firme*, n° 3, 1935, pp. 176-177; sobre Hans Jeschke, *Die Generation von 1898 in Spanien*, Halle/Saale, Max Niemeyer, 1934, *Tierra Firme*, n° 3, 1935, pp. 178-179; sobre Kasimir Edschmid, *Glanz und Elend Südamerikas. Roman eines Erdteiles*, Frankfurt am Main, Societäts-Verlag, 1934, *Tierra Firme*, n° 4, 1935, pp. 149-150; sobre Thompson, J. Eric, *La civilisation aztèque*, Paris, Payot 1934, *Tierra Firme*, n° 4, 1935, pp. 150-152; sobre André Siegfried, *Amérique latine*, Paris, Armand Colin, 1934, *Tierra Firme*, n° 1, 1936, pp. 162-164; y sobre Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Imprenta Mundial, 1934, *Tierra Firme*, n° 2, 1936, pp. 334-336.

⁶ Ramón IGLESIA PARGA, «Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la Historiografía española», *Tierra Firme*, n° 4, 1935, pp. 5-18. El artículo fue presentado como ponencia en el XXVI Congreso Americanista celebrado en Sevilla. Posteriormente se reeditaría en IGLESIA [4], pp. 61-76 y en IGLESIA [1] *El hombre Colón ...*, pp. 114-124. En esta segunda edición, realizada por FCE en 1986, está reordenado y aumentado, y tiene un prólogo de Álvaro Matute, por lo que hay que considerarlo un nuevo libro.

⁷ Según Ballesteros, «Fue Américo Castro -que se llamaba así por haber nacido en el Nuevo Continente- el que, aunque parezca un juego de palabras, se impuso la tarea de hacer algo sobre América en el seno del Centro de Estudios Históricos, y realizó una recluta entre aquéllos que podríamos hacer algo. Así constituyó un pequeño grupo de jóvenes, constituido por Silvio Zavala, que preparaba su *Encomienda Indiana*, por Angel Rosenblat (argentino de origen hebreo), Rodolfo Barón Castro, que preparaba un estudio sobre historia demográfica de El Salvador, su patria, Ra-

En el momento de la rebelión militar de 1936, Iglesia era un reconocido traductor, bibliotecario e investigador, labores que continuó en el exilio. Durante la contienda, combatió en el ejército republicano, donde obtuvo el grado de capitán por méritos de guerra. El 5 de agosto, por disposición ministerial, formó parte de la comisión reorganizada del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, compuesta por Navarro Tomás, Martínez Llorente, Teresa Andrés, José Tudela, Juan Vicens, Francisco Rocher, Luis Cuesta y Ramón Iglesia. Su misión era depurar el personal del cuerpo de archiveros y la protección de los documentos y libros antiguos. Unos meses antes, Iglesia también había colaborado con Antonio Rodríguez-Moñino, nombrado auxiliar de la Junta de Protección del Tesoro Artístico⁸.

Derrotada la República, Iglesia abandonó España a bordo del buque *Sinaia* con destino a México en compañía de otros intelectuales, trabajadores y familiares. El presidente Lázaro Cárdenas los invitó a trasladarse a México ante el cariz de los acontecimientos europeos y la situación trágica en los campos de concentración franceses. El buque salió del puerto de Sète a la una y media de la tarde del 26 de mayo de 1939. Durante los dieciocho días que duró el viaje, los exiliados republicanos se convirtieron en una comunidad que iniciaba una nueva etapa de su vida en una tierra desconocida para la mayoría, por lo que se organizaron varias conferencias y reuniones informativas⁹. Conscientes de la importancia histórica de su éxodo, los nautas crearon una revista, bautizada con el mismo nombre del barco (*Sinaia*), que dirigió el poeta Juan Rejano y confeccionó el editor Juan Varea. En mitad del Atlántico, el lunes 5 de junio, Ramón dio una conferencia a los pasajeros sobre la «Conquista y dominación española». Según el redactor de la revista:

«Señaló, a grandes rasgos, las circunstancias en que se produce el choque de las dos culturas, la mexicana indígena y la española del siglo XVI, que debían llevar forzosamente al triunfo de la primera, superior en medios y en ciencia militar. Subrayó adecuadamente el valor y la tenacidad de los mexicanos en su resistencia, que llenaron de estupor a los españoles, habituados como estaban a encontrar una resistencia débil por parte de los indios de otros lugares. Se extiende en consideraciones sobre el carácter de los hombres que llevaron a cabo la conquista, que han sido ensalzados o denigrados exageradamente,

món Iglesia Parga, interesado por las crónicas de la Conquista, su esposa Raquel Lesteiro, y yo, que había sido pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para doctorarme en Alemania en Antropología Americana». Manuel BALLESTEROS GAIBROIS, «Los comienzos de un instituto y de una revista», *Revista de Indias*, XLIX, n.º 187, 1989, pp. 545-553: 546-547.

⁸ Rafael RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, *La vida y la obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño don Antonio Rodríguez-Moñino*, Madrid, Beturia Ediciones, 2002, pp. 61 y 67.

⁹ Sobre los anhelos e incertidumbres de los pasajeros, véase Concepción RUÍZ FUNES y Enriqueta MUÑÓN, *Final y comienzo: El Sinaia. Palabras del exilio 2*, México, INAH-SEP-Madero, 1982. Un estudio general del exilio en José Antonio MATESANZ, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México-UNAM, 1999.

de acuerdo con la tendencia política de los historiadores. Procura situarlos con imparcialidad, indicando sus virtudes y defectos, haciendo ver que el español de entonces, por su mentalidad feudal, guerrera, católico-imperialista, no percibía en el indio sino a un ser inferior, poseído por el demonio, el cual, a cambio de que le hicieran la merced de salvar su alma, enseñándole la doctrina cristiana, había de prestarse a los trabajos más duros sin ser apenas mantenido.

Insiste en que la lucha de clases, que en México se entremezcla con la de razas, se plantea allí en idénticos términos que en España: contra el gran terrateniente y su fiel aliada y protectora, la iglesia. Afirma que no existe, como tantas veces se ha aseverado, una incompatibilidad ni una divergencia entre mexicanos y españoles, sino una lucha de los pueblos en ambos países contra una —la misma— casta dominante y reaccionaria. Lucha en suma que permitirá que nos comprendamos, que sigamos laborando juntos hasta el triunfo común de nuestros ideales progresivos»¹⁰.

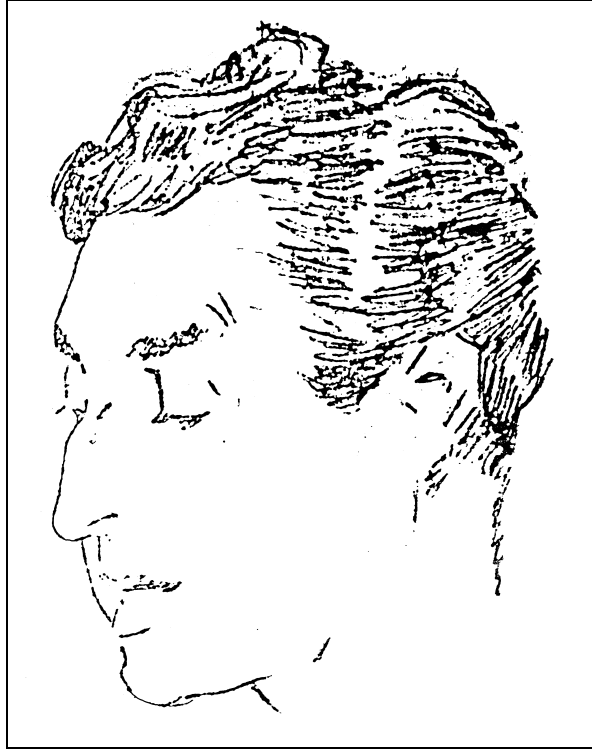
Al pisar tierra mexicana, Ramón Iglesia llevaba sólo tres libros. Como el resto de sus compañeros, recibió la ayuda del gobierno de Cárdenas: obtuvo una beca en 1939 en la Casa de España, el centro fundado un año antes para acoger a los intelectuales españoles¹¹. El historiador gallego siguió con sus estudios sobre la historiografía de la conquista de la Nueva España y disertó sobre «Cervantes y el Quijote» en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma de México. Convertida la Casa en El Colegio de México, Iglesia fue profesor del Centro de Estudios Históricos, donde ocupó la cátedra de Historiografía entre 1941 y 1943. El sueldo osciló de 450 a 600 pesos. El director era un antiguo compañero, Silvio A. Zavala, con quien había compartido seminarios y reuniones en la sección Hispanoamericana del centro homónimo madrileño, si bien sus puntos de vista sobre la Historia eran bastante divergentes.

El clima favorable con que fueron recibidos los refugiados españoles tanto en el puerto de Veracruz como en el Distrito Federal propició su integración en la vida intelectual de México. José Gaos inventó el neologismo «transterrado» para diferenciar la situación de los exiliados españoles en una tierra distinta, pero semejante en muchos aspectos, de la de otros desterrados en países extraños. En palabras del citado filósofo: «Los refugiados, que habían sido unos inadaptados en España, que por eso habían querido reemplazar por otra España a la que estuviesen adaptados, se encontraron con un México muy afín a la España con que habían querido reemplazar la otra, un estado liberal, promotor de bienestar y progreso, con justicia social, y que, por lo tanto, a ella eran más adaptables que a esta última»¹².

¹⁰ Sinaia. *Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, n.º 12, martes, 6 de junio de 1939, p. 4.

¹¹ Clara E. LIDA y José Antonio MATESANZ, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988.

¹² José GAOS, «La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana». La cita está recogida en José Luis ABELLÁN, «México y el exilio español», *Los refugiados españoles y la cultura*



Retrato de Ramón Iglesia Parga, *Diario Sinaia*, nº 12, martes 6 de junio de 1939.

EL PROFESOR TRANSTERRADO (1939-1948)

Iglesia permaneció en México cinco años, con algún intervalo en los Estados Unidos. Durante ese tiempo fueron numerosos los trabajos realizados y, sobre todo, destaca la calidad de los mismos, tanto en la traducción de textos, como en la investigación y la docencia. Aunque solo fue profesor de la primera generación de alumnos del Colegio de México, su talante y sus enseñanzas calaron hondo entre sus discípulos, como recordó Luis González en un trabajo delicioso: «La pasión del nido», editado en 1975¹³. La docencia era muy importante para Iglesia,

mexicana. Actas de las primeras jornadas, Madrid, Residencia de Estudiantes-El Colegio de México, 1998, pp. 11-20: 18.

¹³ Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, «La pasión del nido», *Historia Mexicana*, 100, vol. XXV, nº 4 (abril-junio de 1976), pp. 530-598. «Iglesia, el ex militante de la república española, desde sus cursos y seminarios de teoría e historia de la historiografía, proclamaba: «El historiador nace, no se hace».

consciente de la necesidad de dar un giro a la tendencia historiográfica dominante entre los americanistas. La historia era más que una disciplina y una profesión: era emoción, sentimiento, salvación, historia-vida.

A sus alumnos, que considera «compañeros», dedica su libro: «El hombre Colón y otros ensayos» (1ª edición, 1944)¹⁴, y con ellos se sumerge en la lectura crítica de varias crónicas, la mayoría de ellas relacionadas con la conquista de México, su tema máspreciado. Fruto de estas investigaciones, apareció el libro colectivo *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, editado por El Colegio de México en 1945, que contenía colaboraciones de Hugo Díaz-Thomé, Fernando Sandoval, Manuel Carrera Stampa, Carlos Bosch García, Ernesto de la Torre, Enriqueta López Lira y Julio Le Rivereud Brusone. Como señaló Iglesia en el prólogo, la obra colectiva responde a: «la urgencia de la labor de escarda, de desbroce, a que acabo de aludir, si queremos trazar con precisión las líneas básicas de nuestra historiografía»¹⁵.

Iglesia cumplió con lo que se esperaba de los intelectuales españoles refugiados: cursos, conferencias, prólogos, notas bibliográficas, reseñas, artículos en revistas y la célebre labor de traductor. Así, colaboró con varias revistas mexicanas, algunas de ellas puesta en marcha por los exiliados, como *Cuadernos Americanos*, *Letras de México*, *Romance*, *Tiempo*, *Filosofía y Letras*, *Educación y Cultura*, *Revista de Historia de América*, *La España Peregrina* y *El Noticiero Bibliográfico*. Otra interesante actividad es la divulgativa. Iglesia trabajó en varias selecciones de textos, con esclarecedores prólogos (*Baraja de crónicas castellanas del siglo XIV*, México, Editorial Séneca, 1940), o prólogo y notas (Gutierrez Díez de Games, *El Victorial, crónica de Don Pedro Niño*, México, Editorial Sé-

«La historia es un conocimiento eminentemente inexacto». «El verdadero historiador no recopila, crea». «El historiador digno de tal nombre tendrá que ser como los artistas, un creador» (p. 537).

¹⁴ IGLESIA [4]. «No es simple gesto de cortesía ni de afecto el que me ha movido a dedicar esta colección de ensayos a mis alumnos. Quizás hubiera sido más exacto llamarles compañeros, porque si alguien ha aprendido en las clases de historiografía de nuestro Centro de Estudios Históricos, he sido yo, sin duda alguna» (p. 9). Iglesia fue un profesor muy generoso y cercano, como han recordado sus alumnos.

¹⁵ Ramón IGLESIA (introducción), *Estudios de historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945, p. 10. En el libro, Jorge Hugo Díaz-Thomé matizó los exagerados elogios de Zelia Nuttall a la crónica de Francisco Cervantes de Salazar; Fernando B. Sandoval resaltó el valor de la obra del dominico fray Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, y lo que a ella deben los trabajos de los jesuitas Tovar y Acosta; Manuel Carrera Stampa consideró la *Historia* de Muñoz Camargo como una relación al rey de los méritos de los tlaxcaltecas, y no una verdadera crónica; Carlos Bosch estudió las fuentes de las *Décadas* de Herrera (principalmente Bernal Díaz de Castillo y Cervantes de Salazar); Ernesto de la Torre analizó la *Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España* de Dorantes de Salazar, relación criolla de méritos de sus antepasados, aderezados con pasajes de Las Casas, Gómara y Durán; Enriqueta López Lira resaltó la utilización parcial de fuentes en la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís; y Julio Le Rivered se adentró en los significados y fuentes de la decimonónica *Historia Antigua* del jesuita Francisco Javier Clavijero.

neca, 1940). En 1943 apareció en dos volúmenes la *Verdadera Historia de la conquista de la Nueva España* (México, Editorial Nuevo Mundo), crónica en la que había trabajado desde 1932.

En México intensificó su labor de traductor, quehacer que le proporcionó, además de ayudas económicas (tan necesarias para un refugiado), un gran conocimiento de las tendencias y los problemas historiográficos. El Colegio de México pagaba mejor que otras instituciones de su nivel, pero para los que habían llegado con lo puesto todos los ingresos eran pocos. Por ello, multiplicaron las actividades extraescolares (artículos, reseñas, conferencias, traducciones), hasta el agotamiento. Ramón Iglesia tradujo, entre otras obras, la *Historia de la historia en el Mundo Antiguo*, de J. T. Shotwell (México, FCE, 1940); la *Historia e historiadores en el siglo XIX*, de G. P. Gooch (México, FCE, 1942, en colaboración con Ernestina de Champourcín); la *Historia política de Inglaterra*, de George Macaulay Trevelyan (México, FCE, 1943); la *Geopolítica. Generales y geógrafos*, de H. Weigert (México, FCE, 1943); *El Duque de Wellington* de Richard Aldington (México, FCE, 1945); *La lucha por la justicia en la conquista de América*, de Lewis Hanke (Buenos Aires, Edición Sudamericana, 1949); «Clío es una Musa» de George Macaulay Trevelyan e «Interpretación de la Historia», colección de ensayos dirigida por Joseph Strayer, de la Universidad de Princeton. De su amigo Lesley B. Simpson vertió al castellano dos trabajos, que prologó para la colección *Jornadas*, editada por el Centro de Estudios Sociales (Colegio de México)¹⁶.

A los pocos meses de llegar a la capital azteca, Iglesia asistió al Cuarto Congreso Mexicano de Historia, celebrado en Morelia a finales de enero de 1940. Allí pudo comprobar la profunda escisión de los historiadores del país, quienes estaban divididos, a grandes líneas, en dos grupos: los tradicionalistas y los revolucionarios, los españolistas y los indigenistas, los antimarxistas y los marxistas. A estos últimos, hacia quienes profesaba gratitud y simpatía por su acogida en México, les dedica las siguientes recomendaciones: «Resulta pueril por ejemplo, el creer que aplicando la terminología de las luchas actuales a acontecimientos del pasado se hace, sin más, marxismo. Con decir —como alguien dijo en el Congreso— que Hidalgo es el primero de los obreros y el primero de los campesinos mexicanos, silenciando cuidadosamente que era cura, no se adelanta nada. [...] El historiador marxista [...] necesita un acopio de datos mucho más minucioso y mucho más amplio que el hecho por un historiador de tipo tradicionalista que se ciñe a problemas locales, tal vez a determinados aspectos de la personali-

¹⁶ Lesley BIRD SIMPSON, *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*, México, El Colegio de México, 1945 (*Jornadas*, 51). Lesley Bird Simpson le correspondió con la traducción y edición de varios ensayos en Ramón Iglesia, *Columbus, Cortés and other essays*, Berkeley, University of California Press, 1969.

dad de un solo individuo»¹⁷. A pesar de este acercamiento inicial, los intereses y sensibilidades de Iglesia estaban lejos de los historiadores marxistas de su época, como demuestran los textos de las conferencias impartidas en la Universidad de Guadalajara (Jalisco), en mayo de 1940, con el título de «La historia y sus limitaciones». Consideraba a la historia una ciencia cultural (Rickert), donde el factor humano está presente (relativismo) y que debía servir para meditar y opinar sobre el pasado, y no solo para la recogida de datos. Además, subraya la importancia de la historia para la vida de un país: por eso había que comprometerse, tomar partido y opinar. Desde esta actitud, lanza un reproche al Centro de Estudios Históricos de Madrid:

«Tengo bien presente el ejemplo de lo ocurrido en España, donde en los últimos años se habían producido obras sumamente valiosas sobre ciertas instituciones medievales, sobre el lenguaje de determinados poetas líricos o sobre las tablas de cualquier pintor catalán del siglo XV; donde no se había publicado, en cambio, ni una sola obra seria sobre problemas históricos esenciales para la vida del país, que fuera fruto de la actividad de un historiador profesional. Los españoles desconocíamos y despreciábamos la historia posterior a la invasión francesa y el resultado de ese desconocimiento lo estamos sufriendo hoy. Nuestras grandes figuras en el campo de los estudios históricos no habían querido comprometerse, no habían querido opinar, la guerra las cogió por sorpresa ... y ¡para qué seguir!»¹⁸

En junio de 1945, Ramón Iglesia de nuevo participó en un combate, esta vez historiográfico. La Sociedad Mexicana de Historia organizó varias sesiones para debatir sobre «La verdad histórica». El historiador gallego se alineó con Edmundo O'Gorman y José Gaos, defensores del relativismo, en contra de Zavala, representante de los neo-positivistas, que se llevó a dos padrinos de lujo: Rafael Altamira y Domingo Barnés. Finalmente, Zavala no se presentó, teniendo estos últimos que defender los beneficios de las investigaciones en los archivos¹⁹. Altamira, también refugiado en la capital azteca, defendió la objetividad de la histo-

¹⁷ «Izquierdas y derechas en el Congreso de Historia de Morelia», IGLESIA [4], pp. 191-197: 195-196.

¹⁸ IGLESIA [4], p. 174. Y añade: «Este es uno de los resultados más graves de la deshumanización de la historia: que el profesional de su estudio crea que nada tiene que ver con los problemas vivos de su país o de su época, y que sólo desentendiéndose de ellos puede lograr un mejor conocimiento del pasado. Así se llega, según nos dice Nietzsche en su maravilloso ensayo *De la utilidad y la desventaja de la historia para la vida*, a que solamente se ocupan de la historia los que son incapaces de hacerla».

¹⁹ Los interesantes textos de esta confrontación «histórica» en Álvaro MATUTE, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, SepSetentas Diana, 1981, pp. 32-151. La idea de las sesiones surgió durante un debate entre O'Gorman y Zavala en una de las sesiones del Seminario sobre Métodos de Enseñanza de la Historia.

ria, que consiste en que al estudiar los hechos históricos: «no se diga de ellos sino lo que se ha encontrado, no se presenten sino lo que ellos están diciendo, no prefijando ningún juicio sobre su ideología»²⁰. Iglesia, que presentó un trabajo titulado «El estado actual de los estudios históricos»²¹, reconocía los beneficios del positivismo en el siglo XIX, que había logrado superar una producción histórica excesivamente declamatoria y arbitraria. Pero se había llegado a un excesivo culto a los archivos, a la santificación de documentos inéditos sobre temas insignificantes, al sacrificio de los alumnos aventajados en una costosa labor de búsqueda en detrimento del análisis sereno, el hallazgo de significados, la ponderación de perspectivas, el compromiso con los problemas de su tiempo: «Todo lo demás es un triste esfuerzo para lograr la objetividad del directorio de teléfonos».

Un año después de desembarcar en Veracruz, Ramón Iglesia inició una fecunda (y a la postre, trágica) relación con las universidades norteamericanas. En 1941 fue nombrado profesor huésped de la Universidad de Berkeley (California) durante un semestre, pero no pudo concluir su estancia por problemas de ansiedad agravados por los esfuerzos realizados tanto en la investigación como en la enseñanza. Años más tarde, cuando el recorte presupuestario de los centros educativos y de investigación mexicanos menguó el salario de los profesores exiliados, varios de ellos, como Iglesia, buscaron refugio en los prósperos departamentos hispanistas de la república del Norte. En 1944 y 1945 recibió una beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, gracias a la cual estudió las crónicas de los religiosos españoles, principalmente la de fray Jerónimo de Mendieta, en las bibliotecas de la Universidad de Texas y del Congreso de Washington. En 1945 fue nombrado profesor invitado de lengua y literatura española de la Universidad de Illinois, y de 1946 a 1948 fue contratado de *visiting profesor* y posteriormente de *associate profesor* en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Wisconsin. En estos años se agravaron sus problemas psiquiátricos. Como ha escrito Andrés Lira: «Su prestigio era grande y su personalidad muy atractiva, por lo que, pese a los temores y reparos por su estado de salud, le solicitaban como profesor»²². Ramón Iglesia se suicidó el 5 de mayo de 1948 en Madison, llenando de tristeza a muchos de sus compañeros, que veían en Ramón una de las personalidades más originales y atractivas del exilio español. A su muerte, el historiador norteamericano Lesley Bird Simpson escribió que en él se combinaron cualidades tan raras como necesarias para crecer: «intellectual curiosity, scholarly integrity, humility, and vast industry»²³.

²⁰ MATUTE [19], p. 40.

²¹ Con algún añadido se editó en *Filosofía y Letras*, tomo X, n° 20, octubre-diciembre de 1945, pp. 264-271, BIRD SIMPSON [16] e IGLESIA [1], 1986, pp. 55-63.

²² Andrés LIRA, «Cuatro historiadores», *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas*, Madrid, Residencia de Estudiantes-El Colegio de México, 1998, pp. 135-153: 144.

²³ Lesley BIRD SIMPSON, «Ramón Iglesia y Parga, 1905-1948», *The Hispanic American Historical Review*, XXVIII, n° 2, may 1948, pp. 163-164. Esta revista había traducido al inglés y edi-

¿BERNAL O GÓMARA?

Hombre apasionado y comprometido con su época, Ramón Iglesia abogó por una visión historicista del pasado, que interrogase los documentos y convirtiese el discurso en una obra de arte, y al historiador en un creador. En el prólogo a los *Estudios de historiografía de la Nueva España* escribió: «Pero la verdadera historia, la que tiene jugo y palpitación de vida, se ha escrito siempre a impulsos de una presión del momento, es historia polémica, parcial, apasionada, tendenciosa. La verdadera historia que interesa al historiógrafo, a quien busca en ella la mayor cercanía a los hechos mismos, tal como se vivieron, es historia de tesis, por minúscula que esta sea, es historia escrita para demostrar algo»²⁴. Iglesia defiende un cambio en la concepción de los documentos, que dejarían de ser materia inerte para reconstruir lo que han hecho o dicho los hombres del ayer. En adelante serán contemplados como datos en un proceso de elaboración que se interroga por el pasado, pero que supere el «fetichismo de los documentos»²⁵. Había que estudiar los textos históricos de la misma forma que se analizaban los literarios o filosóficos; considerarlos en su totalidad, diseccionando todos sus significados, buscando al autor, lo que sentía y pensaba. Había que descubrir sus intenciones. Como resultado de ello: «un mismo núcleo de hechos se refracta diversamente según el espectador que lo describe». Y añade el historiador gallego que: «Si la vida es siempre lucha y conflicto, la narración de esta lucha, la historia, tiene que ser apasionada, parcial. Podremos darnos por satisfechos si la pasión se mantiene dentro de términos nobles y su relato de los hechos no se falsea deliberadamente; pero lo que no podremos evitar nunca es que el hecho estudiado varíe según el punto de vista de quien lo contempla».

Para ilustrar esta multivisión (historia cúbica, diríamos hoy), Iglesia estudia y enseña las crónicas y los documentos generados por la conquista de México, convencido de que «ningún tema se presta mejor a un análisis de este tipo». Y quizás estaba en lo cierto, pues desde las cartas de Hernán Cortés a Carlos V se habían escrito cientos de artículos y libros en las más diversas lenguas, sitios y época. Esta multitud de discursos nos muestra las diferentes visiones de un mismo acontecimiento. La conquista se había convertido en un campo privilegiado de la historia de la historiografía, pues Iglesia está convencido de que: «Segura-

tado «Two Essays on the Same Topic: Bernal Díaz del Castillo and Popularism in Spanish Historiography» y «Bernal Díaz del Castillo's Criticism for the History of the Conquest of Mexico, by Francisco López de Gómara», en noviembre de 1940.

²⁴ IGLESIA [15], p. 10.

²⁵ Según E. H. CARR, «Los documentos eran, en el templo de los hechos, el Arca de la Alianza. El historiador devoto llegaba ante ellos con la frente humillada, y hablaba de ellos en tono reverente. Si los documentos lo dicen, será verdad. Mas ¿qué nos dicen, a fin de cuentas, tales documentos: los decretos, los tratados, las cuentas de los arriendos, los libros azules, la correspondencia oficial, las cartas y los diarios privados?» *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 1983, p. 21.

mente la contemplación de contrastes tan violentos nos dará una visión más cabal de la conquista, de las fuerzas que en ella actuaron, de las pasiones que desató y de las consecuencias que produjo»²⁶.

En 1942 publicó en El Colegio de México un estudio comparativo de los principales cronistas de la conquista, a excepción de Bernal Díaz del Castillo. En *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés* examinó los acontecimientos de la conquista a través de los escritos que generó y de sus sucesivas elaboraciones literarias. En primer lugar, analizó las *Cartas de relación* del conquistador extremeño, para luego compararlas con los comentarios que le hicieron Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo. Si del extremeño destaca el tono mesurado, ecuánime, sereno, sobrio e impasible a los acontecimientos extraordinarios que protagoniza, en Mártir resalta la desconfianza, y en Gonzalo Fernández de Oviedo la contradicción entre el contenido del libro y la manera de concluirlo. Frente a ellos reivindica la obra del denostado Francisco López de Gómara (denigrada en aquel tiempo) como una de las obras más notables de la historiografía de la conquista de la Nueva España. Esta postura era una novedad en la historiografía americanista, pues se consideraba a Gómara como una pluma asalariada y al servicio del conquistador extremeño. Iglesia destaca su elegante escritura, la disposición y estructura de su crónica y el equilibrio en los juicios. Siendo una obra que obtuvo un éxito sin precedentes a raíz de su publicación, era una desconocida para el público de su época. Esta ignorancia y ninguneo contrastaba con la veneración a Bernal Díaz del Castillo, cuya *Verdadera historia* era estudiada con avidez, reeditada en varios países y se había convertido en la fuente privilegiada de las narraciones sobre la conquista. La dispar suerte se debía, a su juicio:

«A que por las páginas de Bernal, no obstante sus continuadas protestas de lealtad y admiración, corre un descontento apenas reprimido contra Cortés, un deseo enconado de rebajar sus méritos; mientras en las de Gómara se glorifica al conquistador. Y así, el punto de vista de Bernal viene a coincidir con el de una época que se ha esforzado por nivelarlo todo, que ha visto con recelo a los hombres geniales, sobre todo en el campo de la acción política y guerrera. Entiéndase bien que yo no soy antidemócrata —que si lo fuera no estaría aquí—. Lo que hago es señalar ciertas tendencias del pensamiento democrático que en el terreno de la investigación histórica han llevado a actitudes plenamente demagógicas. No me cabe la menor duda de que la conquista de América es una empresa de tipo popular, que la masa juega en ella papel destacado, pero lo que esta masa da de sí cuando no encuentra hombres superiores que alumbren sus ideales y encau-

²⁶ Ramón IGLESIA, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942, p. 12. De esta obra se ha publicado una nueva edición en México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (SepSetentas, n° 16), y otra reimpresión en México, El Colegio de México, 1986.

cen sus energías lo vemos en la conquista de las islas, en las guerras civiles del Perú y en toda una serie de episodios que no es preciso recordar aquí»²⁷.

Si en la ponencia del XXVI Congreso de Americanistas (Sevilla, 1935) había defendido a Bernal frente a Gómara, haciéndose eco de las críticas al uso (tachándolo de panegirista y servil), ahora, releído en México, su opinión es más favorable. Este traslado de afectos, que Nora Jiménez ha bautizado como «la seducción de Gómara»²⁸, no fue privativo de Iglesia, pues también está presente en la obra de otros historiadores, como el mexicano Joaquín Rodríguez Cabañas²⁹. En el caso de Ramón Iglesia, el cambio se produce por su experiencia en la guerra civil española. Antes de la contienda fratricida comulga con la visión de Bernal, considera la conquista como una empresa colegiada, donde el mérito se reparte entre todos los capitanes y soldados:

«Pero estalla la guerra, tomo parte en ella, y adquiero así una experiencia directa, vivida, de los problemas militares, experiencia que no me hubieran dado todos los libros de historia del mundo. Y veo de cerca cuál es en la guerra —esa piedra de toque de todos los valores humanos, pues en ella existe de continuo la presencia de la muerte, más desvanecida y oculta en la vida ordinaria— el papel de los jefes, de los jefes que saben mandar, y de los soldados que saben obedecer y morir, la necesidad profunda de la jerarquía y de la disciplina en un ejército, cosas todas que habíamos ido olvidando, desdeñando tal vez, en nuestra sociedad civilizada, liberal e individualista. Ello me lleva a revisar toda mi concepción de una serie de problemas históricos, y también de la obra de Bernal Díaz. Terminada la guerra, la leo de nuevo, estudio con mayor atención que antes el texto de Gómara, comparo antes, y llego a las conclusiones del segundo de los trabajos publicados a continuación [«Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la Historia de la conquista de México, de López de Gómara»]. En ellas, aunque no acepto totalmente el exclusivismo cortesiano de Gómara, reconozco que Cortés tuvo un papel mucho más destacado en la conquista que el que Bernal le asigna»³⁰.

En conclusión, el historiador gallego, con la experiencia de la guerra, valoró la importancia del líder que anima a sus hombres y decide los objetivos. En la conquista de México, ese líder era Cortés, al que Bernal trata de rebajar el mérito. Lo paradójico del caso es que este último había sido el protagonista de sus investigaciones durante varios años. Ya señalé anteriormente que Ramón Iglesia traba-

²⁷ IGLESIA [26], pp. 141-142.

²⁸ Nora Edith Jiménez, *Francisco López de Gómara. Escribir historias en tiempos de Carlos V*, México, El Colegio de Michoacán-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001. En este erudito libro se completa su biografía, se analiza el proyecto de escritura histórica y se explora la recepción de la obra, aparecida en Medina del Campo en 1553.

²⁹ Fue editor de la crónica de Bernal Díaz del Castillo (México, Robredo, 1944, 3 vols.) y de López de Gómara (México, Porrúa, 1943, 2 vols.).

³⁰ IGLESIA [1], 1986, p. 112.

jó en la edición crítica de la crónica de Bernal Díaz del Castillo entre 1932 y 1936. En octubre de 1934 se llevaban tirados 27 pliegos de la obra³¹. Antonio Rodríguez Moñino, también colaborador de la sección de Hispanoamérica, fue quien localizó y fotografió en 1934 una copia desconocida que se encontraba en la biblioteca particular del bibliófilo murciano José Alegría, amigo suyo. El hallazgo fue muy notable, pues el único manuscrito conocido —y en el cual se habían basado las ediciones modernas hasta entonces— se encontraba en el Ayuntamiento de Guatemala. Con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, llegó una copia a Madrid, regalada por el gobierno de aquel país, a la vez que otra fue donada al gobierno mexicano. Dichas copias sirvieron de base a las ediciones de principio de siglo, como la de Genaro Estrada de 1904, la más famosa. Pero las fotografías tenían varias manchas oscuras, que impidieron hacer bien las transcripciones. Era necesario, por tanto, hacerse con una nueva copia de Guatemala, a la vez que se cotejaban los manuscritos con las ediciones impresas (Medina del Campo, 1632³², realizada a partir de otro manuscrito, bautizado *Remón* en honor del primer editor de Bernal, ya desaparecido). Así se hizo, pidiéndose y obteniéndose una nueva copia del manuscrito *Guatemala*. De este minucioso trabajo se encargó Ramón Iglesia y su mujer, quienes no pudieron concluirlo por el estallido de la Guerra Civil. El resultado se esperaba con cierta expectación, por ello, acabada la contienda, se buscó el trabajo de Iglesia. En 1940, el nuevo Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del CSIC presentó el primer volumen de la edición de Iglesia sin que apareciera su nombre por ninguna parte: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España por Bernal Díaz del Castillo*. Además, en el archivo del centro quedaron un centenar de páginas del segundo volumen preparadas para la imprenta, que fueron completadas años después en la edición realizada por Carmelo Sáenz de Santa María.

Pocos años más tarde, en el exilio mexicano, Iglesia dio a la imprenta una edición modernizada de la crónica bernaliana, que se publicó en dos volúmenes en 1943 en la editorial Nuevo Mundo. Contiene un breve prólogo y abundantes notas, pero no se trata de una edición crítica, ya que Ramón suprimió «bastantes cosas prolijas y enojosas». Otra edición mexicana, la firmada por Joaquín Ramírez Cabañas en tres volúmenes y editada en México en 1944 también se benefició de los minuciosos cotejos de Iglesia, ya que el último embajador de México en la España republicana poseía las copias tipográficas de lo que se había realizado hasta entonces, porque la edición del Centro de Estudios Históricos iba a ser patrocinada, al parecer, por los gobiernos de España y México.

³¹ *Memoria de la JAE, 1933-1934*, Madrid, 1935, p. 248.

³² Existe otra edición, con la portada grabada y sin fecha, que es considerada por algunos historiadores como la primera en imprimirse. Sobre las distintas ediciones, véase Carmelo SÁENZ DE SANTA MARÍA, *Introducción crítica a la «Historia Verdadera» de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1967.

Durante la guerra, la copia del manuscrito *Guatemala* desapareció, así como las fotografías del manuscrito *Alegría*. Por ello, es sorprendente que el catedrático y académico Antonio Ballesteros Beretta denunciara a la Jefatura Superior de Policía a Antonio Rodríguez Moñino por robo de los dos manuscritos. Este último, antiguo alumno de Ballesteros y compañero de su hijo Manuel, fue detenido el 31 de mayo de 1940, pasando varias semanas de calabozo en calabozo hasta que varias personas testificaron sobre la inexistencia de esos manuscritos en el Centro de Estudios Históricos y sí solo unas copias fotográficas³³.

Volviendo al trabajo de Iglesia, hay que señalar que nunca escribió el libro prometido sobre Bernal Díaz del Castillo, y sus ideas sobre el soldado-cronista tras la experiencia de la guerra las podemos vislumbrar en los trabajos que le dedicó en el exilio. Si en «Bernal Díaz del Castillo y el populismo en la historiografía española», tras destacar la minuciosidad, la fuerza descriptiva y la gracia de la narración, subraya que el agente principal de la epopeya es *la masa* y no *el caudillo*³⁴; en los trabajos posteriores («Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la conquista de México*, de López de Gómara»; «Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su *Verdadera Historia*» y «La *Historia Verdadera* de Bernal Díaz del Castillo»³⁵) revisa sus propuestas y destaca su carácter bullicioso, insatisfecho, pleiteante, envidioso y quejica. En cuanto a su crónica, la define como la obra de una pluma inexperta, de estructura dispersa y llena de pasajes confusos. Pasado el «culto frenético», Iglesia piensa que este Bernal revisado será mejor comprendido y más admirado³⁶.

Es destacable la predilección de Iglesia por las grandes crónicas castellanas de los siglos XIV y XV, las que estudia con detenimiento (y edita en el exilio³⁷). Además, se forma con los literatos de la generación del Desastre («nos hemos educado en la lectura de los hombres del 98») y tiene un conocimiento más que notable de los escritores e historiadores europeos del siglo XIX y XX (Huizinga, Croce, Toynbee, Trevelyan, etcétera), a los que lee en sus idiomas originales. Iglesia dominaba el francés, el alemán y el inglés y tenía nociones de otras lenguas, don de hablas que le proporcionó su puesto en la sección de adquisición de libros extranjeros de la Biblioteca Nacional, y le permitió trabajar como traductor en España y México. En realidad, eran labores complementarias, que le permitían estar al tanto de lo que se producía en Europa. Y de la comparación de su lectura

³³ Rafael RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, *Vida y obra de D. Antonio Rodríguez-Moñino*, Madrid, Beturia Ediciones, 2002, pp. 174-175.

³⁴ IGLESIA [4], pp. 61-76. También fue publicado en *Tiempo*, México, n.º 6, junio de 1940.

³⁵ IGLESIA [4], pp. 77-116 y 209-221.

³⁶ «A Iglesia se debe la destapadura del carácter lloricon y envidioso de Bernal Díaz y de la índole humana de un Cortés que la historiografía romántica había divinizado o satanizado, según el romántico fuera conservador o rojo». GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ [13], p. 538.

³⁷ Las ediciones fueron: *Baraja de crónicas castellanas del siglo XVI* (Selección y prólogo. México, Editorial Séneca, 1940); y Gutierre Díez de Games, *El Victorial, crónica de Don Pero Niño* (Selección, prólogo y notas. México, Editorial Séneca, 1940).

y de la historia que se hacía en nuestro país nació el empeño de verter al castellano las obras de historiadores como Shotwell, Turner, Gooch o Trevelyan. Gracias a ellos aprendió a releer las crónicas y a preguntarse por su originalidad. Siempre repetía a sus alumnos y a sus amigos que había que volver a esos grandes historiadores, que estaban vigentes.

PARA CONCLUIR

De Iglesia me atrae esa insatisfacción del conocimiento histórico y de su propio trabajo, que no tiene miedo a revisar continuamente. En ocasiones le faltan las herramientas metodológicas. Estamos en los años cuarenta del siglo pasado y la historia de la historiografía está todavía por hacerse en el Americanismo. Pero Iglesia siempre tiene destellos geniales en las lecturas de todas las crónicas que caen en sus manos: de Hernando Colón a Mendieta³⁸. Le interesa la descripción interna, sus funciones y significados: no cree en la inocencia de la escritura. Y con el mismo rigor aborda las reseñas de libros, buscando su originalidad y sus aportaciones a la historia. Como ha señalado Alvaro Matute: «Leer reseñas de Iglesia es aprender los fundamentos de ese oficio»³⁹. Porque lo mismo que el fondo, le interesa la forma: «la historia debe buscar un nuevo contacto con la vida, o el historiador un acceso más fácil a la mente del lector no especializado, mediante una mayor atención hacia la forma y la calidad del contenido de sus escritos».

En conclusión, Ramón Iglesia era un apasionado de la historia: «la verdadera historia, la que tiene jugo y palpitación de vida, se ha escrito siempre a impulsos de una presión del momento, es historia polémica, parcial, apasionada, tendenciosa». Rehusaba la historia objetiva, imparcial, científica, apegada a los documentos, por una historia interpretativa. Como Benedetto Croce, consideraba la Historia como «el acto de comprender y entender, inducidos por los requerimientos de la vida práctica»⁴⁰. Y esa fue la consigna de su trabajo histórico, aunque para *entender* tuvo que vivir una trágica guerra y un trágico final.

³⁸ Hernando COLÓN, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón* (Edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia), México, FCE, 1947; y Ramón IGLESIA «Invitación al estudio del Padre Mendieta», *Cuadernos Americanos*, México, junio-julio de 1945, reimpresso en IGLESIA [4], pp. 165-181.

³⁹ Introducción de Alvaro MATUTE en IGLESIA [1], pp. 7-15: 11. «A través de ella se hace un análisis historiográfico breve y conciso y se da un juicio, preferentemente comprometido con la idea que cada quien tiene del deber ser de la historia. Iglesia así lo entendió y quedan todas sus muestras, desde las más apuradas de la primera entrega de *Tierra Firme*, hasta verdaderos manifiestos, como las que hizo a Edmundo O'Gorman, José de Acosta y James Shotwell, entre otras, sin omitir su severa crítica a Haring y su reacción española ante Ramos».

⁴⁰ Benedetto Croce, *La Historia como hazaña de la libertad*, México, FCE, 1942, p. 14.

In the context of the 100th commemoration of the great Historian Ramón Iglesia Parga's birth (Galicia, Spain, 1905-1948), this article focuses on main aspects of his life and research. His work, which led him to be considered as one of the most important researchers in the Colonial American field, was developed in the Historical Studies Center of the Junta de Ampliación de Estudios. After the Spanish Civil War he went into exile, and continued working at the Colegio de México and several United States Universities.

KEY WORDS: *Historiography, Ramón Iglesia Parga, Bernal Díaz del Castillo, Spanish Republican Exile.*

Fecha de recepción: 13 de Enero de 2005.

Fecha de aceptación: 2 de Abril de 2005.